



Libros y autores, por Filebo

CUANDO NERUDA HABLABA

La palabra no es muy bonita, pero lamentablemente no hay otra en plaza: epistológrafo. Neruda, epistológrafo. El que se dedica a escribir cartas es epistológrafo. Pablo Neruda fue excelente autor, escritor, de cartas. La reciente obra de Enrique Lafourcade sobre el "último amor de Neruda", Alicia Urrutia (Neruda en el país de las maravillas, Ediciones Norma, 1994), invita a pensar en el destino de las cartas escritas por el vate de Isla Negra a Alicia Urrutia. ¿Cuántas en cinco años? ¿Veinte, treinta, cincuenta? ¿Existió? ¿Guarda Alicia Urrutia las cartas de amor de Pablo Neruda? ¿Las quemó? ¿Valen la pena? ¿Cortas? ¿Largas? ¿Apenas billetes con anuncios o avisos como los que cambiaban los amantes furtivos de antaño? El tema da para toda clase de especulaciones.

Algunas no despojadas de cierta gravedad. En las cartas de juventud, las que dirigía a Albertina Azócar, Pablo Neruda ponía de relieve una soltura de verdadero maestro en el arte epistolográfico. No temía incurrir en típicos chilanismos como "curao" y "curae-ras" para relatarle a su amada que en la noche anterior había andado en "las tomas" (este último chilenuismo lo agregó yo, de mi cosecha en sectores de bajos ingresos). O aludir a Rubén Azócar, su gran amigo y cuasi cuñado, en términos sermoneos despectivos: "Tu hermano...". Hay que recordar que Rubén Azócar, recio de complexión, era de estatura bastante reducida y tenía "cara de hombre", lo que, paradójicamente, no es tan común entre los hombres como entre los simios.

Si Neruda hubiese sido sólo escritor de cartas, eso y nada más, habría tenido que insertarse como significativo cultivador del género en la historia de nuestra literatura.

No hace mucho tiempo tuve el gusto de dar en mi revuelta biblioteca con el número 22, de noviembre de 1983, de la Revista Chilena de Literatura, publicación universitaria a cargo del poeta y académico Hugo Montes Brunet. Revisando con curiosidad el contenido de la revista, me detuve a examinar una nota escrita por el profesor Juan Loveluck acerca de "una carta desconocida de Pablo Neruda". La carta en referencia, fechada en



El poeta con su entrañable amigo (y casi cuñado) Rubén Azócar, a quien llamaba cariñosamente "el macaco".

Madrid el 19 de septiembre de 1934, está dirigida a una "Mujer Rubia", Sara Torná, esposa del poeta argentino, antiguo amigo de Neruda, Pablo Rojas Paz. No he resistido a la tentación de copiar el texto íntegro de esta carta:

"Mujer Rubia:

Tengo grandes pecados en esto de las cartas. Aprenderás a perdonarlos como has perdonado tantos de mis pecados. En primer lugar, te diré que la vida no me ha dejado escribirle a nadie (tres líneas sobre un asunto comercial a Molinari), pero para ti debía reservar tres páginas, tres capítulos, tres montañas de acontecimientos. Al principio, y planeada de inmediato mi venida a Madrid, estuve semanas en este trajín sin saber si vivía en Barcelona o en Madrid. De todas maneras, me fijé en Madrid, pero vagamente, perdido por completo en la incertidumbre y oscilando entre un paraguas y Gabriela Mis-

tral. Mañana firmamos nuestra permuta: ella se dirige a Barcelona dando grandes saltos y yo permanezco de cónsul en Madrid, llorando a gritos de alegría como un verdadero centopé. Estas imágenes me vienen porque anoche, en una gran fiesta nacional, 18 de septiembre, peruanos, cubanos, la argentina Delia del Carril, mexicanos, vinieron a mi casa, en donde bebieron de manera frondosa.

No hay escritores, aunque ya es invierno; todos andan de verano. Federico, en Granada, desde donde ha mandado unos lindos versos para mi hija. Mi hija, o lo que yo así denomino, es un ser perfectamente ridículo, una especie de punto y coma, una vampirina de tres kilos. Todo bien (ahora), oh Rubia queridísima (pero) todo iba muy mal. La chica se moría, no lloraba, no dormía; había que darle con sonda, con cucharita, con inyecciones, y pasábamos las noches enteras, el día entero, la semana, sin dormir, llamando médico, corriendo a las abominables casas de ortopedia, donde venden espantosos biberones, balanzas, vasos medicinales, embudos llenos de grados y reglamentos. Tú puedes imaginarte cuánto he sufrido. La chica, me decían los médicos, se muere, y aquella cosa pequeñita sufría horriblemente, de una hemorragia que le había salido en el cerebro al nacer. Pero alégrate Rubia Sara porque todo va bien; la chica comenzó a mamar y los médicos me frecuentan menos, y se sonríe y avanza gramos cada día a grandes pasos marciales.

En las tardes, vengan grandes cervezas, vengan montañas y tapas en oscuras tabernas con perfume de vino, acompañado del músico Acario Cotapos, el más genial de los chilenos, hombre sin comparación con el resto del mundo, y sobre el cual te puede ilustrar Amado Villar, quien lo sabe a ciencia cierta. Norah Lange se ha vengado de mí con una presunta cadena; le pagaré de manera sangrienta, echándole un sortilegio submarino.

Rubia de mi corazón: juntarnos con Federico y hablar de ti y tu casa es un solo acto. Federico te recuerda con el más grande cariño y hay que oírlo vociferar diciendo grandes y buenas cosas de ti, especialmente, y de los amigos, del grupo, en donde me parece, como un verdadero fantasma, cada momento, con ustedes; pero no puedo hablar por-

Cuando Neruda hablaba de su hija [artículo] Filebo.

Libros y documentos

AUTORÍA

Filebo

FECHA DE PUBLICACIÓN

1994

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Cuando Neruda hablaba de su hija [artículo] Filebo. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile